



Juan Ignacio Zavala

El encierro

Una vez que se dé por concluido el encierro al que estamos semiconfinados los mexicanos habrá que analizar las consecuencias del mismo. Por supuesto, el análisis se llevará a cabo. De hecho ya existen los cálculos del daño económico, académico y de otras áreas. Volveremos a lo opinable del tema, lo que se hizo bien o mal, lo que se pudo haber hecho, en fin las hipótesis posibles del por qué no se hizo tal o cuál cosa, por qué somos como somos y vivimos como vivimos. Por lo pronto, Jesús Silva Herzog Márquez —articulista inteligente y pun-

Me encantaría saber cómo quedaron las familias después de tantos días de encierro. La convivencia con los seres queridos no siempre tiene como resultado momentos de felicidad duradera

zante— lamentó en su texto que hubiera en el país “apenas unos decesos más”, que no hubiera “un virus regando la muerte en el país, que esté asolando pueblos enteros, que arrase con familias y barrios”. El virus le quedó mal y seguirá a la espera de presenciar una debacle apocalíptica digna de su pluma.

Sería interesante saber cómo queda-

ron las familias después de tantos días de encierro. La convivencia con los seres queridos no siempre tiene como resultado momentos de felicidad duradera. Hay familias cuyas comidas transcurren en silencio en medio de miradas gélidas, monosílabos y esfuerzos desmedidos por reprimir los impulsos de asesinato. Otras cuentan con personajes bulliciosos que tras sus carcajadas ocultan los odios, las envidias añejas; todo va muy bien hasta que una de las hermanas le lanza el tenedor al hermano burlón. Vale la pena recordar a Sartre y su obra *A puerta cerrada*, en la que nos deja ver que el infierno es un cuarto cerrado en el que se obliga a dialogar con el otro; también está la película de Luis Buñuel, *El ángel exterminador*, en la que

un grupo de amigos se queda encerrado y van perdiendo la compostura al pasar de los días hasta convertirse en salvajes. En una escena le dan de cepillazos a una de las mujeres. La convivencia, pues, tiene siempre sus bemoles.

La prohibición del uso de las corbatas es uno de los grandes beneficios que puede tener el género masculino, como resultado del confinamiento para no propagar el virus. Resulta que en México somos de lo más formales. Con los calorones de verano seguimos usando la corbata como si fuera un elemento vital en el desempeño de nuestras labores. Ahora sabemos que aparte de para mancharlas, criticar a quien las porta y meterlas en el plato de sopa, las corbatas actúan “como un reservorio de microorganismos”. Ya que sabemos del potencial letal de una corbata podríamos comenzar a vestir más relajados, dejar de gastar en una especie de listón que resulta ser una verdadera arma de destrucción masiva y sentirnos más cómodos en el trabajo. Total, no hace falta morir tan elegante. ■ M:

juanignacio.zavala@milenio.com

